

*LA FRONTERA DE ARRIBA EN
EL CHILE COLONIAL: INTERACCIÓN HISPANO-
INDÍGENA EN EL TERRITORIO ENTRE
VALDIVIA Y CHILOÉ E IMAGINARIO
DE SUS BORDES GEOGRÁFICOS, 1600-1800*

María Ximena Urbina Carrasco

Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2009. 354 pp.

Margarita Gascón

Conicet, Centro Científico y Tecnológico de Mendoza, Argentina

Este libro sobre la frontera entre Valdivia y Chiloé es un resultado directo de la disertación doctoral presentada por María Ximena Urbina Carrasco a la Universidad de Sevilla, en el 2006, para obtener el grado de Doctora en Historia. Se trata, por lo tanto, de un estudio de corte netamente monográfico. Temporalmente, cubre todo el período colonial de la llamada *frontera de arriba*. Esta área abarcaba desde el río Toltén hasta el canal del Chacao, en el archipiélago de Chiloé. Además, incluía una franja andina de la Patagonia argentina, cuyas primeras exploraciones se realizaron, precisamente, desde la vertiente occidental de los Andes. Del pasado colonial de este territorio se habían ocupado muy pocos historiadores hasta la fecha, de modo que solamente teníamos escasa información y fragmentada. Carecíamos de la reconstrucción sistemática que este libro nos ofrece.

La autora comienza por mostrar la conquista de la frontera de arriba, que se encontraba poblada por diferentes etnias —huilliches, juncos, poyas, pehuenches y puelches—. Luego, el texto avanza describiendo a cada etnia y las diferentes expresiones de las relaciones interétnicas: esclavitud, paz, resistencia, comercio y mestizaje. Hasta fines del siglo XVI, las dos principales poblaciones de la frontera de arriba eran Osorno y Valdivia; pero en términos generales el control español muy poco se había afianzado en aquel remoto confín de Hispanoamérica, cuando en 1598-1599 los araucanos encabezaron un masivo levantamiento. Eso hizo que para comienzos del siglo XVII los españoles retrocedieran hasta la altura del río Biobío.

Quedaron, sin embargo, alejados nichos con presencia misionera, militar y civil, como fue el caso del archipiélago de Chiloé. Los siguientes capítulos del libro están destinados a describir la evolución de estos territorios a partir del siglo XVII.

En esa centuria, desde algunos de estos pequeños enclaves, se siguieron realizando entradas hacia el sur. Estas expediciones reconocieron los territorios patagónicos, en dirección hacia el estrecho de Magallanes. Las avanzadas seguían una ruta terrestre cercana a la cordillera de los Andes y continuaban de este modo con un proceso iniciado en el siglo anterior. Una de las entradas más interesantes del siglo XVI había sido la que reconoció la zona del Nahuel Huapi, en actual territorio argentino, a los 41° latitud sur, y que había establecido incluso una misión entre los indígenas locales. Una parte de aquella sostenida pasión por recorrer estas áreas inexploradas se debió a ese celo misional de los jesuitas.

Otra parte se relacionó directamente con la ferviente búsqueda de la mítica “Ciudad de los Césares”. Dar con este rico reino de hombres blancos, cuyos pacíficos indios los servían diligentemente unía a varios interesados. A los religiosos les interesaba cosechar más almas para el reino celestial. A los civiles y a la Corona les interesaba encontrar más metales preciosos. En varias páginas, Urbina Carrasco describe con precisión cómo fue esa expansión española y aporta también datos para una historia regional, que puede extenderse hasta incluso el siglo XIX.

Desde el capítulo cinco en adelante, la narración vuelve a girar en torno a la frontera con los huilliches, en el lado chileno. La ciudad de Valdivia se convierte en el foco de la atención de la autora, quien analiza las acciones de civiles y militares, junto con el efecto de las diferentes estrategias para pacificar y controlar a la frontera. Tales acciones incluyen los parlamentos desde la segunda parte del siglo XVII y la acción de los misioneros, primero de los jesuitas y luego de los franciscanos.

En el último tramo del período colonial, al aumento demográfico (con sus consecuencias en la producción) se les unieron las políticas de los virreyes en Lima para procurar una mayor integración de Chiloé y

de toda esa zona. Las acciones giraron en torno a dos vectores: consolidar la defensa y mejorar la comunicación. El interés defensivo frente a la presencia de los enemigos europeos de España en el Pacífico sur no era nuevo, pero seguía siendo una prioridad desde el punto de vista de las autoridades virreinales. La misma fortificación de Valdivia, a mediados del siglo XVII, había puesto a esta ciudad bajo el cuidado directo de las autoridades en Lima. A este objetivo estratégico de proteger el sur chileno le seguía, y muy de cerca, el objetivo de encontrar mejores caminos para el transporte terrestre en una zona de complicada geografía y duro clima.

Algunos planes unían cómodamente a los dos vectores mencionados, como pasó con el plan de Francisco Hurtado, a finales del siglo XVIII. Lo interesante de su plan era que tenía una escala sorprendente y enlazaba varios de los intereses en una proyección que quería asegurar la comunicación de ese extremo de Chile con el río de la Plata. Como con otros planes, aun cuando el objetivo inicial de Hurtado no se concretó, como dice la autora, “las expediciones de Hurtado no abrieron el camino ni fueron operaciones definitivas. Sirvieron para conocer algo de la frontera, desengañarse del supuesto ‘espantoso número de indios’ y adquirir, sobre aquel terreno, la confianza que heredarían sus sucesores respecto que los indios ni eran tan numerosos ni tan generosos” (271).

El libro cierra alineando una cronología y una interpretación del proceso histórico, en etapas similares a las elaboradas para la Araucanía en los años ochenta por el profesor Sergio Villalobos y otros historiadores de la Escuela de las Relaciones Fronterizas. En esa sucesión de etapas, la doctora Urbina Carrasco ve una frontera de arriba que puede caracterizarse como una de “guerra viva”, a partir de 1604, pero que culmina en una frontera “abierta”, a partir de 1793. En ese momento, la frontera “pasó a ser de interacción amplia y sostenida” (328). Estas etapas cronológicas-interpretativas con las que la autora concluye su libro se relacionan con uno de los puntos más polémicos de la historiografía chilena sobre su frontera sur.

La crítica a la Escuela de las Relaciones Fronterizas es que sus supuestos, en última instancia, son teleológicos y dan una visión que termina

interpretando todo el proceso histórico como un avance indefectible hacia la pacificación. Así, se termina dando como un hecho la integración de las sociedades nativas a un país completamente unificado. En este sentido, considero que la autora hizo una elección poco afortunada al concluir su libro con esta cronología interpretativa. Y esto lo creo no solamente en consideración de las críticas existentes a los supuestos de la Escuela de Relaciones Fronterizas, sino, sobre todo, porque esta cronología interpretativa es demasiado esquemática y no le hace verdadera justicia a la riqueza de situaciones expuestas a lo largo de las trescientas páginas de la obra.